LA CONQUISTA DEL ESTADO

SEMANARIO DE LUCHA Y DE INFORMACION POLITICA

15 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Seis meses. España, Africa española, Portugal y América hispana ..... 4 pts.
Extranjero ..... 8 —

Un año... España, Africa española, Portugal y América hispana ..... 8 —
Extranjero ..... 16 —

Suscriptores protectores: un año, desde 50 ptas

Redacción y Administración:
Avenida Eduardo Dato, 7

Madrid, 17 de octubre de 1931 — Director: RAMIRO LEDESMA RAMOS — Año I — Núm. 22

Ante el Gobierno Azaña

Algún día habrá que exigir a los jefes republicanos la tremenda responsabilidad de haber hecho la campaña seudorrevolucionaria sin ideales hispánicos de reconstrucción. Se perdió para España esa oportunidad, y ahora bailotea el régimen entre problemas de artificio, necesitando sostener la adhesión de la plebe a base de concesiones sectarias, puramente negativas, que hieren la conciencia de millones de españoles. Si la República hubiera traído consigo un verdadero plan revolucionario, de emoción española y no masónica, es seguro que hoy contaría ya tras de sí etapas gloriosas, adscritas a realizaciones nacionales, y no, como ahora acontece, una ruta mediocre de deslealtades, fanatismos y fraudes contra los clamores auténticos del pueblo.

La exaltación de Azaña a la jefatura del Gobierno, es una prueba más de ese carácter antinacional y masónico que, al parecer, prefiere la República para su futuro. Estamos en presencia de una posible etapa de dictadura, y esto, que como medio de gobierno no nos asusta, merece ahora nuestra repulsa más fiera, pues quivale a imponer a España, sin compensación en orden alguno de intereses superiores, una política en franca oposición con su alma histórica.

Ciertos núcleos republicanos ven con satisfacción la jefatura de Azaña, porque advierten en él capacidad de mando y energía. Ya está aquí claro el típico carácter liberal de la seudorrevolución. Llega la etapa tiránica; se insinúa bien clara en algunas frases que gusta de pronunciar el nuevo jefe del Gobierno en sus discursos. No han tardado mucho, pues, los que gritaban «¡Abajo los tiranos!» en proporcionar a la acera de enfrente la oportunidad de gritar el mismo grito.

Los discursos recientes del señor Azaña, a los que debe su actual jerarquía, contienen frases y amenazas que deben ser comentadas con firmeza y serenidad. Parece que a estas alturas debía dejarse a un lado la República, como algo que permanece por cima de las polémicas de grupo, sin enemigo serio a la vista, y entender las dificultades de Gobierno como originadas por posibles errores de los gobernantes. Pero ya se ve cómo estos señores prefieren identificarse con la República, y a la postre concluirán por hundirla en el fatal hundimiento que a ellos les espera.

Hay ya de un lado la exageración intolerable de confundir a España con la República, y además confundir a la República con una República antinacional, fraccionadora y masónica, como la que postulan y defienden los actuales gobernantes. El señor Azaña amenaza terriblemente a los que alcen la mano contra él, aunque él dice «contra la República». Pero es tener bien pobre idea del coraje y capacidad de sacrificio de los españoles patriotas creer que la amenaza del fusilamiento detendría su rebeldía, cuando ésta suponga salvar a España del deshonor y de la ruina.

Comienza, pues, la lucha, y nosotros, mejor dicho, las «Juntas», se atendrán a su programa para situarse. Creíamos nosotros que nuestra batalla sería posible dentro de la República, sin herirla lo más mínimo, y con esta creencia fundamos las «Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista»; pero se nos presenta la contrariedad de que los grupos gobernantes desean identificar con la República su ruta liberal, burguesa y antiespañola. Decimos esto, porque alguien creerá antirrepublicanas nuestras campañas y nuestras críticas; pero la responsabilidad íntegra de ese equívoco la dejamos al Gobierno «consubstancial» que padecemos.

El señor Azaña en la Presidencia parece significar una tozuda decisión de imponer a rajatabla una serie de ideas y propósitos de muy dudoso respeto a lo más sagrado de nuestro pueblo. Ello indica que la confabulación masónica, antiespañola, sacrifica incluso los principios liberales que le son tan gratos ante la posibilidad de triturar con más eficacia la grandeza de la patria. Hubiera sido por lo menos de cierta nobleza para este régimen liberal-burgués el confiar la supuesta reforma de las leyes a las ventajas mismas de la libertad. Lejos de esa experiencia, temerosos de sus resultados, la situación gobernante prefiere imponerse con gesto feroche y ademán tiránico.

Están, pues, en peligro los valores más eminentes de España. Se consumará la disolución nacional, pues conocida es la tesis del señor Azaña, que cree suficiente haber encontrado una España unida para que ahora se estructure a base de separatismos. Se impondrá a España una política casera, burocrática, de pequeño burgués rabiosillo, sin ambición nacional, pacifista y mediocre. Se evitarán realizaciones revolucionarias auténticas, como es una amplia transformación económica, siguiendo como hasta aquí esquilmado y mediatizado el pueblo que trabaja. Se cultivarán los gritos fáciles, adormeciendo en el pueblo su afán creador y obligándole a seguir fiel a los infecundos mitos de nuestros abuelos. Ahí está el ejemplo de la batalla religiosa. Esos cuatrocientos señores diputados de las Constituyentes se han visto en la necesidad de despertar en el pueblo el odio al catolicismo, porque se vieron incapacitados para servir a ese pueblo metas revolucionarias de más realidad y más urgencia. El pueblo ingenuo ha caído en el lazo, celebrando lo que él cree su victoria «contra el clero». Ahí está el partido socialista que llenó de pasquines las calles, tocando a rebato su marxismo los días en que las Cortes discutían el problema religioso, y, en cambio, asistió muy calladito a la discusión del artículo 42, que trataba de la posibilidad de socializar y de dar un golpe auténtico a la economía capitalista. ¡Farsa, farsa!

Las «Juntas» harán, pues, labor de oposición al Gobierno Azaña, como a todos los que anuncien proseguir la tarea antiespañola, de reacción liberalburguesa, a que éste quiere dedicarse. Sin miedo a frases ni a amenazas. A ver si es posible levantar con un ejemplo generoso la protesta decidida del pueblo patriota. La política de tendencia liberal-burguesa no consigue en esta época otro resultado que el de desembocar en el comunismo, a quien es suficiente hinchar los mismos discursos ministeriales para su propaganda eficacísima.

Jacobinismo es hoy bolchevismo. O algo que dejará a éste franco y libre paso. Y el señor Azaña es sencillamente un político jacobino. (Sin el carácter unitario, de patria una, que era lo único que los jacobinos franceses tenían de bueno.)

Pero el señor Azaña parece a la vez hombre inteligente y quizá, a pesar de todo, pueda salvarse y salvarnos. Esperemos.

La muerte de don Jaime

El culto a la tradición española se había refugiado casi en su totalidad, durante los últimos cincuenta años, en las filas entusiastas del carlismo. De tal modo acaparaban ese culto, que el resto de los españoles vivió alegremente de espaldas a toda preocupación nacional, deshispanizándose, incubando la operela de una seudorrevolución con gorro frigio francés y Marsellesa.

De otra parte, la faena de velar con pulcritud las grandes tradiciones impidió a los carlistas capturar el secreto de los tiempos nuevos, apareciendo cada día más invalidosos para una conquista franca del Poder. Aun así, casi totalmente alejados de las preocupaciones concretas de la política, su actitud se conservaba solemne y admirable.

Nadie puede negar que han militado en el tradicionalismo, poblando los requetés carlistas, grupos de españoles que representaban por su decisión y su entereza las mejores virtudes de la raza. E incluso algún período heroico — en que frente a la anarquía hubo que movilizar por Gobiernos mediocres, sin estilo ni carácter, energías fieles—se nutrió del coraje y de la ciega adhesión a la Patria que demostró un sector joven del jaimismo.

Ahora con la muerte de don Jaime, sin sucesión ni régimen monárquico en España, pero amenazada nuestra Patria por los peligros mayores, en plena y magnífica coyuntura de reconstrucción, es de gran importancia observar la ruta que adopten los núcleos tradicionalistas a que aludimos.

Sería absurdo su aislamiento, recluídos en fidelidades innecesarias. Su acción, en cambio, es hoy precisa para evitar la consolidación de este conato demoliberal que padecemos, para engrosar las filas militantes que se formen en torno a la Ofensiva de la Patria, para lograr la victoria de una política nacional, de tipo heroico, que impida la explosión arrolladora del marxismo.

Es hoy más urgente que nunca imponer a la política de nuestro país un sentido profundamente español, que contenga la deslealtad de los fraccionarios, y para ello sería menester no conseguir el concurso activo de los grupos tradicionalistas. No es legítimo sustraer energías jóvenes, sensibles a la emoción de la Patria, del área donde tienen efectividad los combates de la época. El enemigo no es el mismo de hace sesenta años ni adolece de los mismos puntos vulnerables. Por eso, frente a su táctica hay que oponer otra eficacísima que la supere.

El culto a la Patria está a la orden del día, y sólo los miserables descastados pueden sonreír ante una afirmación así. Por eso nosotros, que luchamos revolucionariamente por conseguir para España un régimen de grandeza, anclados en nuestro tiempo, equipados con sus armas, sin permitir a nadie que presuma de ser más moderno ni más actual que nosotros, saludamos hoy con cariño y emoción a los sectores tradicionalistas, amantes fervorosos de nuestra España, que lloran la muerte de su caudillo.

Y les pedimos la reintegración inmediata al puesto de lucha que requiere la gravedad del minuto español. A nuestro lado y aceptando nuestras consignas.

La vida política

El predomínio de los anarquistas en la C. N. T.

No nos asusta ni nos pasma la actuación espectacular de la F. A. I. Desde el primer número venimos exaltando la necesidad de la violencia para toda política joven y española de hoy. Creemos que la revaloración de nuestro país dependerá de una temperatura cálida, de una serie de actuaciones enérgicas y heroicas. Pero la violencia que aquí se defiende ha de ir controlada por un plan, por una rigurosa intervención de los supremos intereses hispánicos; y nunca podrá ser la solitaria, cobarde —quien después de disparar huye—y esparramada puntería del pistolero. Por otra parte, tampoco quedamos estupefactos y perplejos ante la apostura estrafalaria e inactual de los anarquistas. Hombres medianamente normales y de ningún modo contemporáneos. Que se anudan con frecuencia en el cuello una chalina y que acostumbran a nutrir su cerebro con residuos de don Ramón de Campoamor y candideces de artículo de fondo de 1885.

Sin embargo, lo cierto es que esta gente tan anacrónica y energuménica se ha adueñado por sorpresa de los mandos de una Central obrera de la importancia de la C. N. T. y, por lo tanto, forzosamente ha de gravitar sobre el porvenir de España El resultado de la reciente Asamblea regional de Sindicatos únicos catalanes, ha dado la victoria a Alaiz, a García Oliver y a Durruti; es decir, a la fracción más irresponsable y al mismo tiempo a la que mejor maneja las trampas y los ardides de entre bastidores, a los que saben amañar—como ha acontecido ahora—un ruidoso triunfo político, Lo cual es una paradoja tragicómica, puesto que ellos presumen a cada instante de su apoliticismo y de su estrategia opuesta a las trapisondas de las pandillas burguesas. Claro es que en el fondo no son otra cosa que una extremosidad pequeño burguesa y esta condición suya nos explica sus contradicciones y sus absurdos, tanto teóricos como prácticos.

Constituyen el último grado de la sandez demoliberal, el pantano a donde desembocan todos los desenfrenos del individuo, del pequeño ciudadano de los derechos inalienables y soberanos. Una prueba de tal suposición nos la presenta su actitud sobre el problema religioso. Y esta vez se empeñan, junto con el comunismo, en no querer lo que les conviene. A pesar de los consejos de un Sorel o de un Lenin—nada sospechosos de agentes de la reacción—, nuestros anarquistas y comunistas caminan del brazo de la burguesía radical, masónica, po rla senda del anticlericalismo, olvidando o despreciando sus propias reivindicaciones. Por ejemplo, cuando se discutió en las Constituyentes el artículo acerca de la propiedad, nadie, ningún comunista ni anarquista, se preocuparon de organizar mítines y manifestaciones de protesta. Seguramente, para su opinión, aquello no interesaba a las masas. Pues, bien; la mayor parte de la masa de trabajadores—la C. N. T. —será conducida en adelante por un criterio tan mezquino y tan poco coherente como el representado por Alaiz y compañía. Desde este momento denunciamos esta desviación pequeño burguesa de la C. N. T., que la llevará fatalmente a la dispersión y a la derrota. ¡No son los hombres de mente liberal o superliberal quienes han de regir el mundo! Muchos más eficaces para la C. N. T. han sido los viejos militantes: Pestaña, Peiró, Clará, etc., que en los años de verdadera batalla sindical y societaria, consiguieron construir un organismo potente y robusto. La única meta constructiva, creadora de los anarquistas de la F. A. I., afirman los interesados será el comunismo libertario. Nosotros conocemos muy bien cuánto valen esas dos palabras: NADA. Sabemos que se forjaron en Francia como transacción con los marxistas con el fin de permanecer en sus sindicatos. El anarquismo se confesaba comunista —aunque comunista libertario—para satisfacer algunas exigencias socializantes de sus enemigos y que lo dejaran vivir en paz.

Los anarquistas—dueños actuales de la C. N. T.—nos ofrecen la nada, siguen la trayectoria liberal, egoísta y panzuda de los políticos gobernantes. La grandeza imperial y futura de nuestra patria nos exige que los combatamos implacablemente.

El problema anticlerical

Tenemos bien probada nuestra fidelidad a las supremacías civiles, nacionales, que en nuestra Patria, por fortuna, no se presentan en pugna — aunque otra cosa digan los mentecatos—con las fidelidades católicas. El guirigai anticlerical, suscitado por las filas reaccionarias de izquierda, nos parece rotundamente intolerable. Por su culpa, aparece ahí de nuevo el problema—que ya no es problema clerical, sino anticlerical—, contribuyendo a que los españoles sigan peleándose en torno a peligros fantasmales, sin realidad alguna, desentendiéndose en cambio de las finalidades revolucionarias propias de esta época.

Hay que acusar a los embaucadores que birlan al pueblo las conquistas positivas y lo envenenan luego bestialmente con apetencias de carácter ilusorio. Claro que el fantasma clerical—y más fantasma desde que el régimen republicano existe en España—tiene que ser utilizado por esos partidos energuménicos para justificar sus agitaciones. Si a los cuatrocientos diputados constituyentes les privamos de sus gestos anticlericales, en sus cabezas no queda absolutamente idea alguna firme sobre nada.

Creemos que la Iglesia española ha cometido errores grandes, y a muchos fieles catolicísimos hemos oído expresar su ferviente deseo de que por la Iglesia misma se lleve a efecto una depuración justiciera. El que esto sea auténtico no justifica que la microcefalia gubernamental nos desembuche todas sus reservas de anticlericalismo bufo.

Es sintomático de la campaña anticlerical que colaboren a ella con gran furia los partidos marxistas. Se trata de colmar la satisfacción revolucionaria del pueblo con abalorios inofensivos y baratos. El odio burgués contra los curas lo explotan los partidos socialistas con las mismas palabras y las mismas imputaciones burguesas. Pero cuando en las Constituyentes se discutía el artículo 42, artículo vital para el futuro de nuestra economía, que se reflejaría luego naturalmente en la prosperidad del pueblo, los partidos marxistas, traidores una vez más a su significación, no se creyeron obligados a llevar sus exigencias a la calle ni a reclamar la intervención de las masas.

Los partidos masónicos tratan al pueblo como trataban a los indios de América algunos desaprensivos en el siglo XVI. A cambio de fruslerías invaliosas, de objetos raros de madera o de papel, sacaban a los indios todo su oro. Hoy, a costa de que renuncie el pueblo a aspiraciones revolucionarias de honda resonancia, se le entretiene con el fantasma clerical para que royendo el hueso se le desgaste la dentadura.

Al escribir esta nota nada sabemos de la solución que dé la Cámara constituyente el problema religioso. Sólo nos interesa ahora destacar la simplicidad de los partidos que se llaman anticlericales. Teniéndola en cuenta, sabiendo que necesitan tremolar todavía en el futuro la cuestión clerical, casi afirmamos que votarán una fórmula modestita, para no agotar el filón de frases y discursos que ellos encuentran en ese gran problema.

El día que la vaciedad mental masónica de nuestros liberales se encuentre con que no hay clericalismo, ¿cuál va a ser el tema de sus charlas, de sus gritos y de sus mítines?

Y repetimos, para nosotros la cosa va ya pasando la raya, y vamos a permitirnos denunciar un nuevo problema: el problema anticlerical.

El comunismo avanza

La flojedad ideológica que caracteriza a los actuales gobernantes y su incapacidad para esgrimir los auténticos resortes políticos de nuestra época, hacen que España esté hoy indefensa ante cualquier audacia comunista.

En las elecciones parciales celebradas últimamente los candidatos comunistas han triplicado sus fuerzas. Muchos creen que el hecho de que el comunismo no controle en España ninguna Central sindical le invalida para una acción revolucionaria. Se equivocan. En la hora decisiva, los sindicatos obreros favorecían un golpe de mano comunista, aunque sólo fuese con la intención de hacer posible esa Arcadia anárquica con que sueñan ingenuamente.

Los grupos comunistas cultivan hoy con todo desparpajo la acción insurreccional. Se disponen a sorprender al país con un golpe de audacia. Su táctica es proseguir la reclamación de aspiraciones de tipo democrático-burgués que la República ha dejado insatisfecha. Esto para asegurarse la colaboración inconsciente de la pequeña burguesía.

Contra la avalancha comunista no caben razones. Son cerebros estrechos y fanáticos que obedecen sus consignas sin discusión. El Estado vigente es incapaz de presentar batalla a un enemigo así que juega con la táctica de llevar a sus últimas consecuencias las timideces de aquél. De aquí que la tarea de abatir las líneas comunistas corresponda a grupos adversarios, al margen de toda acción oficial, que posean firmeza y coraje suficiente para responder en todos los terrenos a las provocaciones antinacionales de los rojos.

Nuestras Juntas de Ofensiva tomarán inmediatamente a su cargo en toda España la acción eficaz contra los comunistas. Los contenidos revolucionarios de las Juntas necesitan que su victoria vaya precedida por la derrota del enemigo rojo. El hecho de que fracase de un modo rotundo la situación democrática que advino al Poder con la República no puede autorizar a los comunistas a destacarse ahí como reserva. Ante el descalabro demo-liberal no cabe sino que los grupos nacionales se apoderen de las riendas revolucionarias, y cumplan con toda energía el deber de ir rectos a la imposición coactiva de un plan de reconstrucción nacional.

Si esto no se efectúa, si no surgen robustamente grupos heroicos que supplanten la inercia del Estado, la incapacidad del Estado, España estará a merced de cualquier tentativa traidora que organicen los comunistas.

Nosotros señalamos estos peligros y a la vez que nos disponemos a bloquearles, robusteciendo el área de acción de las Juntas, pedimos a aquellos españoles que deseen oponerse a la ola roja se inscriban en nuestros organismos de combate. ¡Hay que defender a la Patria amenazada!

Nuestra generación frente al comunismo

El fracaso de la democracia

III

Cuando la nueva generación irrumpió en la vida política de España, las circunstancias le impidieron situarse de un modo adecuado en el bélico ámbito que fué nuestro primer campo de batalla.

La dictadura carecía de inteligencia y de moralidad—esto se nos decía—, representaba los más vetustos intereses del país; no supo afirmarse esgrimiendo la tradición gloriosa de nuestra España, ni haciendo entrever sus espléndidos destinos.

Los años se deslizaban lentos y monótonos, arrastrando en pos de sí la estupidez de un pueblo y la frivolidad de una generación de señoritos. La juventud, sin conciencia de su propia misión y carente de normas que la orientasen, comprendió, instruyó, adivinó el destino de su España, y las Universidades lanzaron el sagrado rugido de rebeldía que pulverizó el régimen valetudinario; unos jóvenes inermes e inexpertos lograron más que uniformes militares férreos y americanas de astutos conspiradores. No olvidéis esto, seráficos diputados.

Esta ola desbordante de juventud se ha detenido un momento ante el muro glacial de la dialéctica parlamentaria. La emoción religiosa de nuestra rebeldía se ha hundido en la sima de un Parlamento espléndidamente pagado. La abnegación de aquellos muchachos ha sido estrangulada por la rapacidad de hombres grises, que se sacrifican por su patria hasta el extremo inaudito de hacerse capitalistas. ¿Comprendéis ahora nuestra inquietud? ¿Columbráis la ruta sombría de vuestra misión.

La juventud se sintió antimonárquica, liberal, demócrata, comunista. Fuimos antimonárquicos porque se nos enseñó que la desdicha secular de un pueblo de veintidós millones de españoles manaba de un sólo hombre: del rey. La imaginación ardiente que forjó "Las mil y una noches" resultaría harto exigua a estos modernos y divertidos cuentistas.

Fuimos liberales, porque la clase media española de estos días ha advertido el problema con que topó la clase media francesa del siglo XVIII, a saber: la aristocracia había degenerado, y era preciso reemplazarla. Pero, ¿qué valores aportaría la clase media frente a los que negaba a la aristocracia? Este problema se comenzaba a sentir en España con intensidad cuando advino a la vida política la nueva generación. Claro que no quiero decir que antes no haya sido captado por alguno de esos republicanos [illegible] de la república liberal y democrática la aspiración suprema de su vida.

Lo que afirmo es que no se sintió con intensidad hasta que la dictadura puso punto final a su gestión con el fracaso más despiadado que registra nuestra historia.

Pero nuestra sensibilidad repudió el liberalismo constructivo, primero, porque los fósiles no sirven más que para los museos, y el liberalismo lo es en grado superlativo; segundo porque es un imperativo de nuestra sensibilidad, anterior a todo examen racional, y tercero, por las múltiples razones que apunté en mi artículo anterior. Fuimos demócratas, porque, careciendo de minorías aptas a quien confiar los destinos de la patria, ¿qué órgano más adecuado para expresar la soberanía nacional que la masa amorfa y analfabeta?

El panorama esbozado hasta aquí nos permite situar el tema de este artículo en la esfera adecuada a su comprensión.

LAS MINORIAS

El espíritu de la auténtica democracia se define y actúa "cuantitativamente". Todo hombre por el mero hecho de serlo, tiene derecho a influir en los destinos de su patria. La democracia soslaya la calidad; sólo quiere cantidad. El instrumento más idóneo para hacer efectivo ese espíritu cuantitativo es el sufragio universal y directo.

Los ciudadanos emiten el voto en papeletas dobladas, que llenan una urna de cristal. En el escrutinio no se pregunta, no se sabe, no interesa quién emitió esos votos; lo que importa es el número. Dos analfabetos anulan el voto de un sabio. Dos golfillos, que votaron por el dinero de un comerciante, han estrangulado el voto noble que emitieron las manos temblorosas de un místico. Las papeletas que dejaron en las urnas los mártires de la abnegación patriótica, fueron ensuciadas por las que dejó la ambición y la bellaquería.

¿Es esto desgracia, o plebeyez? Son dos palabras que expresan la misma idea. Los hombres que no son capaces de seguir la masa en sus anhelos gregarios, quedan fuera del ámbito rector de su país; no impondrán su espíritu exquisito; la democracia les condena a soportar la imposición de la bellaca muchedumbre. Los demócratas, los que ven en la mayoría el criterio infalible de gobierno, no son partidarios de la fuerza. Si lograran captar una, siquiera almas nobles, solitarias, tendrían más respeto para con la calidad. Los demócratas no son partidarios de la fuerza; ¡sarcasmo inaudito!...

La tragedia de las minorías comienza, pues, en las urnas; si se adopta el sistema proporcional, se perderán pocos votos; pero la tragedia no se mitiga. Lo único logrado es que el escenario cambia.

El escenario se encuadraba antes en los colegios electorales, y la época de la acción se deslizaba paralela al escrutinio.

Con el sistema proporcional la hora dramática corre paralela al forcejeo estéril de una minoría nobel de corazones ante la masa acéfala e insensible de la mayoría.

Este es el drama de la democracia. Unos espíritus son sacrificados por la fuerza bruta de la masa en lugares dispares, en tiempos distintos. Pero, al bajarse el telón para ocultar piadosamente las piltrafas de voluntad y abnegación que se retuercen en la arena en las convulsiones postreras de su agonía, ríe la chusma y la diosa Esterilidad hunde su garra en el alma de los pueblos. Los demócratas no son partidarios de la fuerza.

LA MISION DE LAS MINORIAS

Con harta frecuencia se esgrimen argumentos capciosos, que contribuyen a forjar situaciones tan caóticas como la que vive España en estos instantes. Se postula el sufragio, porque se aduce que los problemas que se ventilan en el parlamento son conocidos por todos; que todo ciudadano toma posición ante ellos, y, en suma, que a todos interesa su solución.

A poco que nos detengamos en la contemplación de este argumento advertiremos que tiene tres flacos: primero, la masa conoce los problemas; segundo, la masa toma posición ante ellos; tercero, tras la opción, se interesa por unos y elimina otros. Lo primero que sorprende es que ese argumento trifacético parece extraído de un manual de psicología escolástica.

Fijaos un momento: primero, la masa conoce los problemas (Inteligencia). Segundo, toma posición ante ellos, elige unos, rechaza otros (Voluntad). Y se interesa por los que antes eligió, lucha por ellos, los incorpora a su espíritu y ve en ellos su salvación (Pasión).

¡Cosa rara! La vetusta teoría de las facultades no podía servir más que para esto. Pero esto no es muy democrático; del aula y la meditación no puede brotar nada "cuantitativo".

Pero acaece algo sobremanera paradójico: la democracia no se puede defender con argumentos que brinde el libro o la meditación; es preciso tomarlos de la calle.

Pero, ¡oh, paradoja!, como en la calle no se encuentran más que alegatos contra la democracia, porque el pueblo desde lejos es bonito y desde cerca, insoportable, los demócratas tienen que recurrir a la psicología escolástica o a la biología. Esto de la biología es la idea más peregrina que se ha posado sobre el espíritu de un demócrata. ¡Explicar la democracia por evolución biológica, por perfeccionamiento progresivo del organismo!

El espíritu no es nada, y los seres inferiores [illegible] inferiores a los demócratas, claro se definirían de un modo global, como los que no son capaces de vivir en un régimen democrático, y el hombre—el demócrata, claro—se definiría asimismo, diciendo: "Yo soy un mamífero, bípedo e implume, que, por una incesante evolución al través de los siglos, he llegado a ser capaz de vivir en un régimen democrático". Yo no sé si los demócratas descienden del mono; pero lo que afirmo taxativamente es que nosotros tenemos el honor de contar a los demócratas entre nuestros más inmediatos y caros predecesores en la escala zoológica.

Pero el argumento escolástico ha quedado flotando sobre los siglos de evolución biológica, y ya creo que se ha instalado muy arriba en el curso apacible de este artículo. Capturémosle antes que se diluya en la región frágil del recuerdo: primero, la masa conoce los problemas. No voy a perder mucho tiempo en pulverizar este sofisma.

Me circunscribiré a verter sobre las cuartillas una anécdota que me hizo mucha gracia.

Hace unos días, anunció el señor Prieto un déficit de quinientos millones. España se retuerce de dolor ante la audacia suicida del separatismo. Los frecuentes y hondos conflictos que gravitan sobre el vetusto sistema económico dejan ensangrentadas las calles. D. Alejandro Lerroux sale para Ginebra; se dispone a intervenir en el conflicto chino-japonés. D. Alejandro fué elegido sólo en Madrid por ciento treinta mil votos. Pero si es absurdo este argumento, no lo es menos el que supone en la masa una opción.

La indiferente actitud de la masa es consecuencia ineludible de su ignorancia; si no, ¿cómo explicar el apogeo del maurismo? ¿Cómo comprender que, siendo la masa quien decide en el sufragio, estén los parlamentos del mundo henchidos de burgueses, que defienden los intereses del estrecho sector capitalista?

El que ame al pueblo de verdad no le preguntará qué quiere, porque pudiera contestar con la hetaira de la calle: "Quiero ser esclavo y que me peguen".

Y no se esgrima la suspicacia bellaca de que el pueblo no quiere eso, porque no sería posible enumerar las veces que, al través de la historia, buscó y encumbró al chulo que necesitaba. La resignada admiración que le inspira la gente encumbrada, aunque el encumbrado no cimente su posición más que sobre unos miles de duros. Así como el odio que siente por el hombre que logra destacarse—que es el aristócrata auténtico—muestra por modo indubitable la exactitud de cuanto digo. Amemos al pueblo que sufre y trabaja. Luchemos para que su vida no se marchite en la celda de la cárcel o en la cama de un hospital. Hagamos que su vida ruede sin troncharse bajo la planta férrea de la indigencia. Extraigamos de su entraña los espíritus esclarecidos de sus hijos. Necesitamos una aristocracia impetuosa, templada en el dolor y en el sacrificio.

España agoniza, porque inyectaron en su fiera sangre el virus repugnante de una aristocracia cretina y cobarde. No queremos señoritos de alma de algodón. El pueblo será el mar que lance al Estado sus olas ingentes. Sí; pero esto no es democracia.

No; pero es demofilia. Repugnaría a [illegible] sensibilidad—y a los de mi generación—admirar lo popular por el sólo hecho de serlo; esto sería incidir en la estúpida plebeyez que nos ahoga. El pueblo será la cantera de donde se extraigan los materiales; pero es preciso que un artífice forje la maravilla. Los materiales de que fué hecho el Partenón no suscitan la admiración de nadie. Este es el sentido de nuestra demofilia.

No es lícito tampoco incidir en el tópico de la rebeldía. Durante el siglo XIX, y en España aún hoy, se habla con satisfacción bobalicona de la rebeldía individual e irresponsable. "Ese fué un rebelde", se dice cuando se quiere elogiar a alguien que no tuvo mayor mérito.

Las costumbres, la religión, la tradición, todo lo someten estos "rebeldes" a un proceso de revisión. El principio de autoridad fué causa de muchos errores colectivos de gran formato; pero aportó alguna ventaja; por lo menos, la disciplina; pero el principio libre examen no ha servido más que para llenar la Tierra de fatuos. Cualquier imbécil se cree apto para discrepar de Kant o Goethe [illegible] para discrepar es preciso comprender. Esto lo ignora el rebelde. Las consecuencias de esta indisciplina mental las estamos pagando harto caras. En el próximo artículo destacaremos algunas.

NUEVA PERSPECTIVA

El problema brinda muchas dimensiones; pero no es posible agotar su estudio en los estrechos límites de un artículo, aunque su extensión, como la de éste, parezca harto dilatada a mis lectores.

Se define la democracia como el Gobierno por sí mismo; el Gobierno popular por antonomasia. Pero esta definición es harto vaga porque en los Estados modernos, de vastas dimensiones, no es posible la democracia en este sentido. La democracia directa pudo ser factible en el Estado-ciudad. Nunca en el Estado-nación. Aristóteles expone el concepto de democracia directa como dinámica ciudadana, y este concepto de la ciudadanía ha servido durante el siglo XIX de trampolín para que nuestros viejos parlamentarios ensayaran las más antiestéticas piruetas. Pero la democracia directa del stagirita se ha tornado régimen representativo en los Estados modernos. La democracia puede degenerar en demagogia; la aristocracia, en oligarquía, y la monarquía, en tiranía. De suerte, que, para Aristóteles, lo esencial no es el sujeto de la acción política—es indiferente sea uno, pocos o todos—; lo esencial es el espíritu que lleva en su entraña; es la finalidad a que dispare su actuación. Aristóteles sitúa el problema cuantitativo en un plano secundario para dejar paso al teológico. Si el régimen representativo ha desplazado el régimen de democracia pura—que, dicho sea entre paréntesis, jamás tuvo realidad histórica—la definición que dimos no nos sirve.

Ahora tendríamos que definir la parte de democracia que queda en nuestras manos como un régimen en que el pueblo designa sus representantes; yo no sé si entendéis esta definición; yo me apresuro a confesar que no. La España hambrienta que sufre y se resigna ha elegido durante el período negro de la Restauración un parlamento que llenó sus campos de miseria. Es el mismo parlamento que bañó en sangre los vastos territorios de nuestro fenecido imperio Colonial.

Ahora flota sobre mi memoria una definición que aprendí cuando estudiaba Derecho Romano. Ley es lo que el pueblo manda y establece, decía. Y pensando sobre esta definición, me parece difícil ninguna que exprese de un modo tan adecuado la esencia del régimen representativo. Claro que ya está analizada en lo que tiene de esencial en las observaciones que hago sobre el problema de las minorías. Si Democracia es lo que el pueblo quiere y establece, se olvida la distinción aristotélica, ya que no se pregunta si lo que quiere el pueblo es justo. Sino que es suficiente que el pueblo quiera una cosa para reputarla democrática.

¿En qué se diferencian Democracia y Demagogia? En ambas es sujeto el pueblo, y como la finalidad no interesa, no creo que podamos en justicia hallar hondas diferencias. Conceptualmente, no cabe distinción. cuencias: primera, la acción de la Democracia es lenta, constante, duradera, pausada. Busquemos algunos ejemplos en la historia; quizá en los hechos hallemos la claridad que nos niegan los principios. Sócrates fué condenado a muerte por la democracia ateniense. Pericles, ¿fué demócrata, o dictador? Sila y César surgieron de partidos antagónicos y fueron árbitros de Roma en la misma época.

En Judea pidió el pueblo la crucifixión de Jesús, para librar a Barrabás. El pueblo francés hizo la Revolución para elevar a la clase media al trono que había bandonado la aristocracia.

Luego, Napoleón; más tarde, el plebiscito y Napoleón III; Víctor Hugo, entretanto, cuando las lágrimas de su nostalgia se lo permitían, cantaba las glorias de ese pueblo versátil y dedicaba uno de sus libros "A París, capital de las naciones". De estos ejemplos podemos extraer dos conse- Segunda, la acción de la Demagogia es violenta, instantánea, aplastante y tornadiza.

Esta es la única diferencia perceptible. Cuando se me depare la coyuntura, pondré frente a frente esas dos formas de actuación popular, para extraer una inferencia sorprendente. Por hoy, basta.

DEMOCRACIA FORMAL Y DEMOCRACIA ESENCIAL

Yo querría que mis lectores no se contentaran con resbalar su mirada sobre el estrato ennegrecido del papel. Yo querría que clavaran la mirada de su espíritu en los estratos más profundos del problema. Si alguno lo hizo, habrá observado que la Democracia formal encierra a veces espíritu de tiranía; y que la Democracia esencial se conjunto de instituciones que el pueblo recas. Entiendo por Democracia formal el cojunto de instituciones que el pueblo reputa indispensables para la adecuada expresión de su voluntad. Claro que estas instituciones varían en función de las exigencias históricas de cada pueblo. Entiendo por Democracia esencial la voluntad popular misma independiente de sus medios de expresión. Creo que está claro.

Augusto comenzó a destruir la Democracia romana, conservando sus viejas instituciones. Claro que esas instituciones democráticas, al recibir la primera inyección de espíritu imperial, se anquilosaron y murieron disecadas. Cánovas gobernó con instituciones democráticas, que le sirvieron para eludir los designios del pueblo. Castelar, por el contrario, vió extinguido el espíritu ciudadano de España por defender los órganos que reflejaban ese espíritu. Pavía no fué tan respetuoso. Mussolini asaltó el Poder sin la aquiescencia del pueblo italiano. Hoy aparece su efigie en todos los hogares. Hitler no asaltará el Poder hasta que no cuente con la aquiescencia de la mayoría de pueblo alemán. Su programa no tiene nada de lo que he llamado Democracia formal. ¿Es demócrata Mussolini? ¿Es demócrata Hitler? Fijaos que la respuesta no es sencilla.

Los comunistas se apoderaron del Poder sin preguntar al pueblo ruso qué pensaba. Hoy gobiernan en nombre del pueblo; pero sin consultar su voluntad. Stalin sabe y dice que cuenta con una minoría harto exigua de incondicionales; y, sin embargo, su política traza rutas hondamente populares. ¿Es demócrata Stalin?

Emiliano AGUADO

El Parlamento como autoridad irresponsable y despótica

El liberalismo es pecado contra la libertad. Ese pecado es el "exclusivismo". Exclusivismo que si se localiza en el centro crea el "despotismo", y si tiende a la periferia, origina la anarquía.

Los que desean sistemas ciudadanos y abominan de "El Estado soy yo" y de las fórmulas absolutistas, no deben transigir con la "autocracia" del PARLAMENTO.

Benito Mussolini, en su artículo "Cómo hemos cogido el Poder", dice:

"La REVOLUCION FASCISTA fué una revolución auténtica, pues resolvió el problema del ESTADO moderno, de este nuevo ESTADO que está basado en el "principio de Autoridad", pero que no es "absolutista", que es jerárquico y organizado, abierto a todas las clases del pueblo y a todos los intereses, y en el cual se puede ver la gran orignalidad del FASCISMO, y acaso una enseñanza para el mundo moderno entero, que oscila entre la AUTORIDAD DEL ESTADO y la LIBERTAD INDIVIDUAL, entre el "Estado" y el "anti-Estado".

Y en su prefacio a la edición del "Príncipe" de Maquiavelo confirma también Mussolini el principio de que partimos nosotros, aquel de que la RAZON es una aunque esté velada por la bruma del interés y de las pasiones

Se define o formula la RAZON o la LEY —que es la ordenación de la RAZON—el PARLAMENTO DICTADOR que es el verdadero "irresponsable", el que no tiene criterio, porque no se sabe ni se puede prejuzgar cuál va a ser el resultado de las votaciones; entonces, los intereses y las pasiones que todos llevamos en el alma serán las que definan la RAZON o la LEY. Somos irresponsables los votantes, y al ser tales queda impune todo lo que hagamos. ¿Por qué hemos de obrar en contra de nosotros mismos entonces, si nadie ha de reclamarnos por ello? Y aun siendo esto así, aun siendo ésta la verdad evidente, estamos "echando a votos" la CONSTITUCION DE ESPAÑA.

Y dice Mussolini en el prefacio al "Príncipe":

"Veis que la soberanía tan de buen grado concedida al pueblo se le retira en los mismos momentos en que podría sentir su sinceridad. Se le deja solamente cuando es inofensiva o reputada como tal, es decir, en los tiempos de administración ordinaria. ¿Os imagináis una guerra declarada por "referéndum"? El "referéndum" es perfecto cuando se trata de elegir el sitio más indicado para colocar la fuente del pueblo; pero cuando se hallan en juego los "intereses supremos de una nación", los Gobiernos "ultrademocráticos", como los otros, se guardan muy bien de entregarlos al juicio del mismo pueblo... Regímenes exclusivamente fundados en el consentimiento popular no han existido nunca, ni existen, ni existirán probablemente jamás. Hay que estar armados para defender la RAZON, porque el espíritu de los pueblos es voluble. Sólo estando armados vencieron los "profetas".

¿O es que los "profetas" son los que adoraban al becerro de oro? ¡Buenas tablas de la ley hubieran hecho en lugar de Moisés!

La RAZON, la LEY que Moisés bajó de Sinaí es una, pero no hay que entregar la manufactura de las "tablas de la ley" a los adoradores del becerro de oro, al sufragio universal, y sólo, sí, oír a profetas; a todos; y el que tenga que revelarnos algo, que salga. Todos estamos llamados. El que sepa la Verdad, que la traiga; el que disponga de luces, que las aporte. Ahora: si todas las luces se reducen a pedir el Sufragio Universal y el Parlamento, que arranca del Sufragio Universal, no son muy lucidas ciertamente. ¡Diga usted algo más, luminaria, y no se llene la boca con la sabiduría del Sufragio y del Parlamento, que es lo que estamos experimentando! ¿Tiene usted algo que decir? ¡Pues vengan las Luces, las Ideas, que son Fuerzas!

Pero la LUZ siempre arrancó de los profetas, de las cúspides, de los centros, de los intelectuales, vengan de donde vinieren.

Intelectual le llamó un día no sé quién a Primo de Rivera, y contestó: "Amigo nada más, hombre, "amigo".

Si Primo de Rivera no hubiese sido intelectual antes que general, no hubiera hecho lo que hizo.

* * *

Proclamar los Derechos del Hombre no significa más que proclamar los Derechos o la Libertad del Débil o del Niño.

"¿Aspiráis a la Libertad? ¡Locos!—decía Max Stirner—. Tened la fuerza, y la Libertad vendrá por sí sola. Ved: el que tiene la fuerza está por encima de las leyes; el soplo de un YO vivo basta para derribar pueblos, sea el soplo de un Nerón, de un Emperador de la China o de un pobre escritor."

Como los niños son los débiles, los fuertes exuberantes son los que tienen que salir a su defensa y emprenderla a mamporros con el LOBO disfrazado de abuelita que se lleva agarrada a CAPERUCITA ENCARNADA, que es ESPAÑA NACIENTE, para ultrajarla. Hay que poner la fuerza al servicio del Derecho.

Si no hacemos eso en España, no hay LUCES, RAZON, POLITICA, VIRILIDAD ni nada. Egoísmo impune, desvergüenza ignara y nada más. Lo viril con lo villano lo tiene el LOBO.

José LUIS SERRRANO

POR LOS CAMPOS CASTELLANOS

Los siempre esclavos

En Castilla la Vieja siempre han debido serlo los agricultores. Aquello de que el hombre es el rey de la Creación sólo pudo pasar por la mente de quien no tuvo necesidad de adquirir el sustento cotidiano abriendo, según tópico, las entrañas de la Madre Tierra, o si se vió en esa necesidad, se encontró con que la tierra era fecunda y pródiga en su fecundidad.

Los agricultores en Castilla, en su mayoría propietarios, no son amos de la tierra; es ésta la señora de ellos, con señorío despótico, absoluto, con privación de libertad, con sugestión de esclavitud. Acapara en su servicio todos los momentos, todos los afanes, todas las actividades del que las cultiva; no se permite que en la servidumbre se distraiga el servidor y atienda al servicio de sí mismo. Haga calor, haga frío; llueva o esté despejado; sea pronto o tarde; todos los días y todas las horas del día y parte de la noche necesita para que la peinen, la limpien, arreglen y alimenten. A cambio, ella da a los labradores, a los pequeños propietarios, el sustento, y nada más que lo necesario, para de esa manera tenerlos siempre a su servicio y ellos no puedan sentir ansias de liberación.

Además, el continuo contacto con la tierra hace de los campesinos hombres-terreno, cuya única preocupación es la tierra, quien solamente proporciona para satisfacción del hambre, única apetencia sentida por el hombre del campo. Porque de las demás apetencias, aun de las de orden inferior, no digamos nada de las intelectuales y morales, está completamente horro. Y si es verdad que el progreso y la civilización consisten, no solamente en los adelantos materiales y en su máxima participación por parte de la totalidad o de la inmensa mayoría de la humanidad, sino también, y es lo principal, en la elevación moral e intelectual de esa misma mayoría, hay que convenir en que el habitante del campo está al margen de la civilización, participando algo, muy poco, del progreso material, y porque los verdaderos amos de la tierra no pueden despojarle de ello sin merma de su participación. Los habitantes del campo, esclavos de la tierra, participan del progreso por reflejo. Nunca se ha pensado en liberar a estos esclavos. Para conseguirlo sería necesario elevar el precio de los productos agrícolas hasta un límite suficiente para [illegible] al productor algo de ganancia, lo que le permitiría emplear alguna hora en tratar de incorporarse a la civilización con revalorización al mismo tiempo de la parte física del hombre y de la raza. Pero como los ciudadanos, los habitantes de la ciudad, los burgueses y los obreros industriales pondrían los unos el grito en el cielo y los otros amenazarían con la paralización de la industria, es necesario que el labrador, el pequeño propietario, verdaderos obreros nacionales, sigan en el actual estado de ilotas y de parias condenados permanentemente en estado de esclavitud. La única manera de sacarlos de ella es la revalorización [illegible] los productos agrícolas. Esto es ne[illegible]rio repetirlo muchas veces.

A esta forma de esclavitud de tener que estar sometidos a sus tierras con todas sus fuerzas, no de ahora, sino de siempre, porque nadie ha hecho caso de ellos, viénese a añadir otra nueva la sumisión del obrero, cuyo dominio y poder no es menor. Dominando en la actualidad en el Poder los obreros de las ciudades, industriales por tanto, De los Ríos, Largo Caballero, etc., gozando ya de un bienestar burgués, quieren que sus hermanos los obreros del campo gocen, ya que no del bienestar, por lo m[illegible] del Poder y ordenan que el obrero [illegible] campo mande y desmande cuanto le v[illegible]ga en gana. Así los obreros imponen cultivos, labores, cantidad de obreros que ha de tener un labrador, jornal que se les ha de pagar. Bien estaría todo ello si al mismo tiempo impusiesen y consiguiesen llevar a la práctica la cantidad que, como equivalente del trabajo y adelantos necesarios puestos por el labrador, hubiera de quedar a éste. De esto último no se preocupa y con sus reivindicaciones solamente conseguirán dar satisfacción a su anhelo de igualar a todos en la miseria y pasar ellos de obreros libres a la condición de obreros nacionales, a la misma condición de los propietarios a quienes dominan en la actualidad.

Menos trabajo para todos, libertad para obreros de los labradores y para labradores esclavos de sus tierras!

Se conseguirá con la revalorización de los productos agrícolas hasta donde fuera necesario para que los habitantes del campo participen del progreso y de la civilización.

TEOFILO VELASCO

Cerrato.

OPINIONES

Democracia quiere decir simplemente: acogotamiento de un pueblo por el pueblo y para el pueblo. Hay tres clases de déspotas. El déspota que tiraniza el cuerpo. El déspota que tiraniza el alma. El déspota que tiraniza el alma y el cuerpo a la vez. El tercero se llama el pueblo.

Oscar WILD

La democracia significa gobernar un país con arreglo a la ignorancia de sus mayorías.

Bernard SHAW

Estando compuesta de imbéciles la mayoría, la minoría es la que debe gobernar.

IBSEN

«El enemigo del pueblo.»

El plebeyismo tiraniza en España. Tenemos que agradecer el advenimiento de tan enojosa monarquía al triunfo de la democracia. Al amparo de esta [illegible] idea, se ha deslizado en la conci[illegible] pública la perversa afirmación de todo lo bajo y ruin.

Ortega y GASSET

«El Espectador.»

Yo soy ardiente partidario del sufragio universal, con una sola limitación: la de que no vote nadie.

GANIVET. Cartas Finlandesas

La palabra pueblo, es de las que llamé «palabras contrahechas»; ciega, sordomuda, se deja guiar e interpretar, sin hacer mas que dar de cuando en cu[illegible] palo de ciego; como no ve, da cien[illegible] la herradura, y ninguna en el clavo; por lo regular, se da a sí mismo.

Mariano JOSE DE LARRA

Tomado el pueblo como organismo social me da cien paladas en el estómago. Porque me parece que es hasta un crimen que la gentuza se meta en otra cosa que en trabajar y divertirse.

GANIVET «Epistolario».

La palabra «idiotismo», en su sentido griego es sinónima de muchedumbre.

UNAMUNO

A mí cuando me hablan de la [illegible]cracia me entra una risa tal que temo que me pase como a aquel filósofo griego de que habla Diógenes Laercio, que murió a carcajadas al ver un burro comiendo higos.

PIO BAROJA

«Juventud Egolatría».

Por la recolección,

JIM

Navarra.

Técnica de un golpe de Estado

COMO SE APODERO TROTSKY DEL PODER

Desde hace diez días, metódicamente, en el centro mismo de la ciudad, los guardias rojos de Trotsky se están entrenando. Y es Antonoff-Ovseienko quien dirige en pleno día estos ejercicios de táctica, esta clase de ensayo general del golpe de Estado en medio del tumulto de las calles, al borde de los edificios que constituyen los puntos estratégicos de la máquina burocrática y política. La policía y las autoridades militares están de tal modo obsesionadas por la idea de una brusca sublevación de las masas proletarias, tan ocupadas en hacer frente a este peligro, que no pueden reparar en los equipos de Antonoff-Ovseienko. Ante este enorme desorden, ¿quién se pone en guardia frente a estos pequeños grupos de obreros sin armas, de soldados, de marineros, que se filtran en los corredores de las centrales telefónicas y telegráficas, del Palacio de Correos, de los Ministerios, del Estado Mayor General, para observar la distribución de las oficinas, instalación de la luz eléctrica, conservando en ojos y memoria el plano de los edificios, la manera de introducirse por sorpresa en un momento dado, calculando oportunidades, midiendo obstáculos, buscando la organización defensiva de la máquina técnica, burocrática y militar del Estado, los lugares de menor resistencia, flancos débiles y puntos vulnerables? ¿Quién podría notar, dada la general confusión, que estos tres o cuatro marineros, ese obrero extraviado, penetran en las cabinas, suben las escaleras, sin que al cruzarse una simple y recíproca mirada pueda denunciar su complicidad? Nadie puede suponer que estos individuos obedecen órdenes precisas y detalladas, que ejecutan un plan preconcebido y que se entrenan en ejercicios que tienen por objetivo los puntos estratégicos de la defensa del Estado. Los guardias rojos obrarán sobre seguro, porque han maniobrado, invisibles, sobre el mismo terreno de la lucha inmediata.

Trotsky ha conseguido procurarse el plano de los servicios técnicos de la ciudad. Los marineros de Dybenko, ayudados por dos ingenieros y por obreros especializados, estudian la disposición de los conductos subterráneos de agua, de gas, de cables de energía eléctrica, de teléfonos y telégrafos. Dos de ellos han inspeccionado el subsuelo alcantarillado del Estado Mayor General. Es preciso encontrarse en disposición de aislar un barrio e inclusive hasta un grupo de casas en unos minutos. Al efecto, Trotsky fracciona la ciudad en sectores, fija los puntos estratégicos, distribuyendo las tareas, sector por sector, a equipes integrados por soldados y obreros especializados. Se precisan técnicos al lado de los soldados; la conquista de la estación de Moscú está confiada a dos escuadras, compuestas por veinticinco soldados letones, dos marineros y diez ferroviarios. Tres equipos de marineros, obreros y empleados de los caminos de hierro, en total sesenta hombres, están encargados de ocupar la estación de Varsovia. Para el resto de las estaciones, Dybenko dispone de escuadras que constan de veinte hombres cada una. Para controlar el movimiento ferroviario, cada escuadra tiene adjunto un telegrafista.

El 21 de octubre, bajo las órdenes directas de Antonoff-Ovseienko, que sigue las maniobras de cerca, todos los equipos se entrenan en la toma de posesión de las estaciones, y este ensayo general se verifica con una precisión y una regularidad perfectas. El mismo día, tres marineros se desplazan a la central eléctrica cerca de la entrada del puerto: la central, que depende de la Dirección de los servicios técnicos municipales, no está escoltada. El director se dirige a los tres marineros: "¿Sois vosotros —les dice—los hombres que he pedido al comandante de la plaza?... Han llegado entonces los cinco días, para los que me prometió concederme un servicio de protección." Los tres marineros bolcheviques se instalan en la central eléctrica para defenderla, según declaran, contra los guardias rojos en caso de insurrección. De igual modo otras escuadras se apoderan de las tres centrales eléctricas municipales restantes.

Mientra tanto, la Policía de Kerensky y las autoridades militares se preocupan, ante todo, de defender la organización burocrática y política del Estado, los Ministerios, el Palacio María, el del Consejo de la República, el Palacio de Taúrida, sede de la Duma, el Palacio de Invierno y el Estado Mayor General.

Trotsky se lucrará de este error, atacando únicamente a los organismos técnicos de la máquina gubernamental y municipal. El problema de la insurrección sólo significa para él un problema de orden técnico.

"Para apoderarse del Estado moderno —dice—es preciso una tropa de asalto y técnicos; equipos de hombres armados al mando de ingenieros..."

* * *

En tanto que Trotsky organiza racionalmente el golpe de Estado, el Comité Central del partido bolchevique organiza la revolución proletaria. Es una Comisión, compuesta por Stalin, Sverdloff, Bubnoff, Uritzky y Dzerjinski, casi todos enemigos declarados de Trotsky, la encargada de elaborar el plan de la sublevación general. Estos hombres, a los que Stalin en 1927 se esforzará en atribuir todo el mérito del golpe de Estado de octubre de 1917, no tienen ninguna confianza en la insurrección organizada por Trotsky. ¿Qué va a hacer con sus mil hombres? Los junkers no necesitarán de grandes esfuerzos para desbaratarlos. Son las masas proletarias, son los millares y millares de Putiloff y de Wiborg, es la masa humana de desertores, son las unidades bolcheviques de la guarnición de San Petersburgo, lo que hay que sublevar contra las fuerzas del Gobierno. Lo que hay que desencadenar es una insurrección general. Con sus golpes de mano, Trotsky no es más que un aliado, tan peligroso como inútil. Para la Comisión Bolchevique, como para Kerensky, la revolución es un problema de policía.

Es curioso hacer constar que el futuro

CABEZA YACENTE DE LENIN

creador de la política bolchevique, de esa Checa que más bien tomará el nombre de Guepeu, forma parte de la Comisión. Es el pálido, el inquietante Dzerjinsky, quien estudia el sistema defensivo de Kerensky, fijando a la vez el plan de ataque. De todos los adversarios de Trotsky es el más pérfido, es el más temible. Su fanatismo tiene pudores de mujer. Es un asceta que nunca se mira las manos.

Murió ante la tribuna en 1926, pronunciando una requisitoria contra Trotsky.

La víspera del golpe de Estado, cuando Trotsky declara a Dzerjinsky que los guardias rojos deben ignorar la existencia del Gobierno Kerensky, que no se trata de combatir al Gobierno con ametralladoras, sino apoderarse del Estado; que el Consejo de la República, los Ministerios y la Duma carecen de importancia desde el punto de vista de la táctica internacional, y que, por tanto, no deben constituir los objetivos de la insurrección armada; que la llave del Estado no reside en la organización burocrática y política, y menos todavía en el Palacio de Taúride, en el Palacio de María o en el Palacio de Invierno, sino que, muy por el contrario, radica esencialmente en la organización técnica, es decir, en las centrales eléctricas, vías férreas, teléfonos, puertos, gasómetros y acueductos, Dzerjinsky le responde que la insurrección debe producirse en pleno frente adversario, al que debe atacar en sus propias posiciones.

"Es al Gobierno a quien debemos batir. Es preciso derrocar al enemigo sobre el mismo terreno donde defiende el Estado. Y si el Estado se atrinchera en los Ministerios en el Palacio María, en el Palacio Taúrida o en el Palacio de Invierno, será imprescindible ir a buscarlo allí. Para apoderarnos del Estado — concluye Dzerjinsky—, necesitamos lanzar las masas contra el Gobierno."

"Para apoderarnos del Estado—concluye Djerzinsky—necesitamos lanzar las masas contra el Gobierno." La técnica insurreccional de la Comisión está dominada por la preocupación de la neutralidad de los Sindicatos. "¿Puede verificarse el asalto al Poder sin el apoyo de la huelga general?... No—responde el Comité Central y la Comisión—. Es preciso provocar la huelga general ejercitando a las masas en la acción insurreccional. Pero es la táctica de la insurrección general y no la de los golpes de mano la que ha de permitirnos lanzar las masas contra el Gobierno y provocar la huelga general." "No es necesario provocarla—responde Trotsky—. El espantoso desorden que reina en Petrogrado es más eficaz que una huelga general. Lo que paraliza el Estado, impidiendo al Gobierno prevenir y atajar la insurrección, es el desorden. No pudiendo apoyarnos en la huelga, lo haremos en el desorden."

Se ha dicho que la Comisión era adversa a la táctica de Trotsky por estimarla fundamentada en una visión asaz optimista de la situación. En realidad, Trotsky era más bien pesimista; juzgaba la situación mucho más grave de lo que comúnmente se creía. Desconfiaba de la cooperación de las masas, abrigando la seguridad de que la insurrección sólo podía contar con una minoría. La idea de provocar una huelga general, lanzando las masas contra el Gobierno, era una ilusión simplista en demasía; sólo una minoría debía tomar parte en la acción insurreccional. Trotsky estaba convencido de que si la huelga general estallaba, estaría dirigida contra los bolcheviques; para evitarla, no existía otro recurso que la conquista del Poder.

El desarrollo de los acontecimientos ha venido a demostrar que Trotsky enjuiciaba la situación con la más estricta justeza.

Cuando los ferroviarios, los empleados de Correos, de Telégrafos y Teléfonos, los burócratas de los ministerios y el personal de los servicios públicos abandonaron el trabajo, era ya demasiado tarde. Lenin estaba en el Poder: Trotsky había desbaratado la huelga.

La oposición del Comité Central y de la Comisión a la táctica de Trotsky había creado una situación paradójica que estuvo en trance de comprometer el éxito de la insurrección. En vísperas del golpe de Estado había dos Estados Mayores, dos planes y dos objetivos. La Comisión, apoyada por la masa de obreros y desertores, quería batir al Gobierno para apoderarse del Estado. Trotsky, apoyado por un millar de hombres, quería apoderarse del Estado para batir al Gobierno. En aquel momento, el propio Marx habría juzgado las circunstancias como más favorables para el plan del Comité Central y de la Comisión que para el de Trotsky. Pero, como afirmaba este último, "la insurrección no tiene necesidad de circunstancias favorables."

* * *

El 24 de octubre, en pleno día, Trotsky desencadena el ataque. El plan de las operaciones había sido estudiado en todos sus detalles por Antonoff-Ovseienko, antiguo oficial del ejército imperial, tan conocido como matemático y jugador de derrotas como revolucionario y deportado. Aludiendo a la táctica de Trotsky, Lenin ha dicho de Antonoff-Ovseienko que sólo un jugador de derrotas como él podía organizar la insurrección. Antonof-Ovseienko tenía un aire melancólico y enfermizo; los largos cabellos, cayéndole por la espalda, le hacían asemejarse con ciertos retratos de Napoleón Bonaparte antes del 18 Brumario. Pero, a diferencia del corso, su mirada está muerta y su pálido y demacrado semblante rezuma a flor de piel una tristeza tan malsana como un sudor frío.

En un cuartito del último pabellón del Instituto Smolyn, cuartel general del partido bolchevique, Antonoff-Ovseienko juega al azar sobre una carta topográfica de Petrogrado. Bajo sus pies, en el piso inmediatamente inferior, está reunida la Comisión para fijar definitivamente el día de la insurrección general. Los miembros que la integran ignoran que Trotsky ya ha desencadenado el ataque. Unicamente Lenin ha sido advertido en los últimos momentos de la brusca decisión de Trotsky.

Apenas acaba de reunirse la Comisión para acordar la decisión definitiva, llega Podivozsky, portador de una noticia inaudita e inesperable: los guardias rojos de Trotsky se han apoderado ya de la Central Telefónica y de los puentes sobre el Neva: para asegurar las comunicaciones entre el centro de la ciudad y el arrabal obrero de Wiborg es preciso ejercer el control de estos puentes.

Asimismo las centrales eléctricas municipales, los gasómetros y las estaciones del ferrocarril han sido ocupados por los marineros de Aybenko. Las operaciones se han realizado con una rapidez y una seguridad sorprendentes. La central telefónica estaba defendida por cincuenta hombres entre gendarmes y soldados alineados delante del edificio. La insuficiencia de las medidas de policía se manifiesta en esta táctica defensiva, que recibe el nombre de servicio de orden y de protección. Esta es una táctica susceptible de dar buenos resultados contra una masa en rebelión, pero nunca si de un puñado de hombres resueltos se trata. Las medidas de policía no sirven de nada cuando se pretende dar un golpe de mano: tres marineros de Aybenko que han tomado parte en las "maniobras invisibles" se inmiscuyen en las filas de los defensores, se introducen en las oficinas, y algunas granadas lanzadas desde las ventanas a la calle siembran el desorden entre gendarmes y soldados. Dos escuadras de marinos se instalan en la Central telegráfica y emplazan sus ametralladoras. Una tercera escuadra ocupa una casa situada enfrente, preparada para detener cualquier contraataque eventual, estrangulándolo entre dos fuegos. La ligazón entre los equipos en operaciones dispersos por los diferentes barrios de la ciudad y el Instituto Smolny, cuartel general comunista, está asegurada mediante automóviles blindados. En el cruce de las calles más importantes existen ametralladoras disimuladas en las casas que forman chaflan; patrullas móviles vigilan los cuarteles de los regimientos que permanecen fieles a Kerensky.

Hacia las seis de la tarde, en el Instituto Smolny, Antonof-Ovseienko entra en la habitación de Trotsky sonriente, aunque más pálido que de costumbre. "Eso está hecho", dice.

Sorprendidos por los acontecimientos, los miembros del Gobierno se han refugiado en el Palacio de Invierno defendidos por algunas compañías de "junkers" y un batallón de mujeres. Kerensky ha huído. Se dice que se dirige al frente para reunir tropas con que marchar sobre Petrogrado. Todo el pueblo está en la calle, ávido de noticias. Los almacenes, los cafés, los restoranes, los cines y los teatros están abiertos. Los tranvías circulan llenos de obreros y soldados armados. Una masa enorme ondula como un río a todo lo largo de la Perspectiva Neusky. Todo el mundo habla, todo el mundo discurre; todo el mundo cubre de denuestos al Gobierno o a los bolcheviques. Las noticias más inverosímiles circulan de boca en boca y de grupo en grupo: Kerensky ha muerto; los jefes de la fracción menchevique, fusilados ante el Palacio de Taúrida; Lenin, instalado en el Palacio de Invierno, en las habitaciones del Zar.

De la Perspectiva Aeusky, de la calle Gorocowskaia, de la calle Voznessensky, las tres grandes arterias que confluyen en el Almirantazgo, un vasto río de gente refluye continuamente en el jardín Alejandra, para ver si la bandera roja flota ya sobre el Palacio de Invierno. A la vista de los "junkers" que lo defienden, la masa se detiene. Intimidada por las ametralladoras y las baterías, contempla de lejos las ventanas iluminadas, la plaza desierta, los automóviles alineados ante el Estado Mayor General, no comprende nada.

¿Y Lenin? ¿Dónde está Lenin? ¿Dónde están los bolcheviques?

Reaccionarios, liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios, no consiguen darse cuenta de la situación, rehusando creer que los bolcheviques se hayan apoderado del Estado; es preciso guardarse de las patrañas difundidas a propósito por los agentes provocadores del Instituto Smolny; si los ministerios se han transferido al Palacio de Invierno, se debe a una simple medida de prudencia; si las noticias que circulan son exactas, no es un golpe de Estado lo que ha tenido lugar, sino una serie de atentados con mejor o peor éxito—pues todavía no se sabe nada preciso sobre el resultado—contra la organización de los servicios técnicos del Estado y de la ciudad.

Los órganos legislativos, políticos y administrativos, están aún en manos de Kerensky. El Palacio de Taúrida, el Palacio María y los ministerios ni siquiera han sido atacados. La situación es paradójica; no se ha visto jamás a una insurrección proclamar que ha realizado la conquista del Estado dejando las manos libres al Gobierno. ¿Por qué no se ocupan los ministerios? ¿Se puede ser dueño de Estado y gobernar a Rusia sin contar con el dominio de los órganos administrativos? Es cierto que todos los bolcheviques se han apoderado de toda la organización técnica, pero Kerensky no ha caído; es él quien tiene el Poder, aunque por un momento se le hayan escapado las riendas del Gobierno, es decir, el control de las vías férreas, de las centrales eléctricas, de los servicios públicos, del teléfono, del telégrafo, de los correos, del Banco Nacional, de los depósitos de carbón, de petróleo y de trigo.

Podría objetarse que, prácticamente, los ministros reunidos en el Palacio de Invierno no pueden gobernar, que los ministerios no pueden funcionar, que el Gobierno está copado y sin conexión con el resto de Rusia y que todas las vías de comunicación han caído en manos de los bolcheviques.

Las calles de los arrabales están desiertas, nadie puede salir de la ciudad; el mismo Estado Mayor está aislado; la estación radiotelegráfica se encuentra en poder de los bolcheviques; la fortaleza Pedro y Pablo está ocupada por los guardias rojos; numerosos regimientos de Petrogrado han pasado a las órdenes del Comité Militar Revolucionario. Es preciso obrar sin tardanza. ¿Por qué esta inercia del Estado Mayor?... Está esperando, se dice, la llegada de las tropas del general Krasnoff, que marcha sobre la capital. Todas las medidas de rigor para la defensa del Gobierno han sido adoptadas. Si los bolcheviques no se han decidido todavía a atacar al Gobierno, es señal de que todavía no se sienten bastante fuertes. Por tanto, nada está concluído.

Pero al día siguiente, 25 de octubre, mientras en el gran salón del Instituto Smolny se abre el Segundo Congreso Panruso de los Soviets, Trotsky da la orden a Antonof-Ovseienko de atacar el Palacio de Invierno, refugio de los ministros de Kerensky ¿Van a conseguir los bolcheviques en el Congreso? Para hacer comprender a los representantes de los Soviets de toda Rusia que la insurrección ha tenido éxito, no basta con anunciar que los bolcheviques se han apoderado del Estado: es necesario poder anunciar que los miembros del Gobierno han caído en poder de los guardias rojos. "Es la única forma—declara Trotsky a Lenin—de poder convencer al Comité Central y a la Comisión de que el golpe de Estado no ha fracasado." Te decides un poco tarde", contesta Lenin. "Yo no podía atacar al Gobierno antes de tener la certidumbre de que las tropas de la guarnición no le defenderían—explica Trotsky—; era preciso dar a los soldados tiempo para pasarse a nuestras filas. Sólo los "junkers" han permanecido fieles."

* * *

Disfrazado de obrero, cubierto con una peluca y rasurado, Lenin ha abandonado su escondrijo y se ha dirigido al Instituto Smolny a fin de tomar parte en el Congreso de los Soviets. Es el momento más triste de su vida. El mismo, como el Comité Central, como la Comisión, como la mayor parte de los delegados del Congreso, necesita saber que el Gobierno ha caído y que los ministros de Kerensky están en poder de los guardias rojos. Lenin desconfía de Trotsky, de su orgullo, de su seguridad, de su astucia temeraria. Trotsky no pertenece a la vieja guardia ni es un bolchevique con quien se pueda contar a ojos cerrados; es un recluta reciente, que ha entrado en el partido después de las jornadas de julio. "Yo no soy uno de los doce Apóstoles—dice Trotsky—; yo soy más bien San Pablo, que primero predicó a los gentiles."

Lenin no ha sentido jamás mucha simpatía por Trotsky. Trotsky deja a todos en la sombra. Su elocuencia es sospechosa. Posee el peligroso poder de remover las masas, de desencadenar las huelgas. Es un creador de cismas, un inventor de herejías, un hombre temible y necesario. Lenin ha advertido mucho tiempo después la afición de Trotsky por las comparacioness históricas. Cuando se habla en mítines o asambleas, cuando se discute en las reuniones del partido, no cesa de remontarse a la revolución puritana de Cromwell o a la Revolución Francesa. Hay que desconfiar de un marxista que juzga y mide los hechos de la revolución bolchevique según los hombres y los hechos de la Revolución Francesa.

Lenin no puede olvidar que Trotsky—recién libertado de la prisión de Kerensky, donde le habían encerrado después de las jornadas de julio—se ha dirigido al Soviet de Petrogrado proclamando en un violento discurso la necesidad de implantar el terror jacobino. "La guillotina conduce a la solución Napoleón", le gritan los mencheviques. "Prefiero Napoleón a Kerensky", responde Trotsky. Nunca olvidará Lenin esta respuesta. "Trotsky prefiere Napoleón a Lenin", escribirá más tarde Djerzinsky.

En una pieza contigua al gran salón del Instituto Smolny, donde se asienta el Segundo Congreso Panruso de los Soviets, Lenin está sentado al lado de Trotsky, ante una mesa cubierta de papeles y periódicos; un bucle de su peluca le cae sobre la frente. Trotsky no puede por menos de sonreír observando tan ridículo disfraz. Ya le parece llegado el momento de desembarazarse de pelucas y afeites. El peligro ha pasado; la insurrección se yergue triunfadora. Lenin es el dueño de Rusia. Es el momento de dejarse crecer la barba, de prescindir de todas las falsificaciones y de darse a conocer.

Al pasar por delante de Lenin para dirigirse al salón del Congreso, Dan y Skobeleff, los dos jefes de la mayoría bolchevique, cambian una mirada y palidecen. "Esto ha terminado", murmura Dan a Skobeleff. "¿Por qué continúa usted disfrazado?—dice Trotsky a Lenin—. Los vencedores no se ocultan nunca." Lenin le mira con los ojos entornados; una sonrisa irónica distiende apenas sus labios. ¿Quién es el vencedor? He aquí el problema.

De tiempo en tiempo un retumbar de cañonazos, un crepitar de ametralladoras se deja oír a lo lejos. El crucero "Aurora", anclado en el Neva, acaba de abrir el fuego sobre el Palacio de Invierno para sostener el ataque de los guardias rojos.

Mas he aquí al marinero Dybenko, el gigantesco Dybenko, de ojos claros y semblante encuadrado por una bien cuidada barba rubia; los marineros de Cronstadt y la camarada Alejandra Kolontai le adoran por sus claros ojos infantiles y por su crueldad. Dybenko anuncia la nueva: los guardias rojos de Antonoff-Ovseienko han forzado el Palacio de Invierno; los ministros de Kerensky están prisioneros y el Gobierno ha caído "¡Al fin!", grita Lenin. "Sufre usted un retraso de veinticuatro horas", responde Trotsky.

Lenin retira la peluca y se pasa la mano por la frente. Su cráneo, según dice Wells, está conformado como el de Balfour. "Vamos"—dice dirigiéndose a la sala del Congreso—. Trotsky le sigue en silencio. Manifiesta un aire de fatiga; el sueño extingue sus ojos de acero. "Durante la insurrección —escribe Lunatcharsky—, Trotsky era una botella de Leyden."

Lenin se ha quitado la peluca como quien se quita un antifaz. El golpe de Estado era Trotsky. Pero el Estado es él, Lenin..., Lenin, el dictador, el triunfador...

Trotsky le sigue en silencio, con esa sonrisa ambigua que no se desenmascarará hasta la muerte de Lenin.

FIN

CURZIO MALAPARTE

(Los tres folletones que hemos publicado, de Curzio Malaparte, integran un capítulo de su obra "Técnica del golpe de Estado", que muy en breve pondrá a la venta la Editorial ULISES.)

FRENTE A LOS PARTIDOS ANTINACIONALES

«Detrás de Mussolini está Lenin.» (Palabras de un político liberal.)

La política del siglo pasado giró es sabido—en casi todos los países alrededor de los partidos conservador y liberal, que, originarios de Inglaterra, ya apenas tienen importancia en otra nación, y aun en ella el liberal se ve prácticamente substituído por el laborista, de tan reciente fracaso. Van desaparecíendo; porque si algún fin tuvieron que cumplir, ya lo han realizado. No es ésta la hora de discutir los postulados liberales, cuestiones harto más importantes que resolver tienen hoy las naciones. Por otra parte, en la postguerra se han producido movimientos de carácter antinacional que han tenido la virtud le despertar el sentimiento nacionalista—que puede encontrarse dormido pero que nunca muere—y que ha puesto en primer plano de la política la lucha entre estas dos opuestas corrientes.

En España los partidos conservador y liberal—como importación extranjera que eran fracasaron, y al almón con otro producto exótico—la masonería—, han puesto a España en la lamentable situación actual. Protesta contra estos partidos fué la Dictadura, que por su poca audacia y excesiva transigencia resultó contraproducente. Y hoy en España dominan organismos tan antinacionales como el socialismo y la masonería. Pero en este muladar político, el nacionalismo no ha muerto. ¡No va a ser España una excepción en el mundo!

Hace algún tiempo dijo el señor Ossorio y Gallardo, en un discurso pronunciado en Valencia y con gesto de amenaza, que «Detrás de Mussolini está Lenin»; yo supongo que esta frase tendrá un sentido diferente del que a primera vista se ve y requerirá una interpretación especial, porque tomada al pie de la letra es tan absurda y opuesta a la realidad, que sólo se le ocurre a uno la duda de si se ha dicho por ignorancia o cínicamente con toda la mala fe. Porque el Fascismo es precisamente una reacción contra los intentos o realizaciones comunistas, y, por consiguiente, posterior a éstas; así en el caso concreto de Mussolini, Lenin no está detrás—como dice Ossorio—, sino que estuvo delante, pues aunque al ocurrir la marcha sobre Roma se hallase en el poder un Gobierno democrático de hecho, su autoridad era nula; las fábricas estaban en poder de los obreros y sobre ellas ondeaba la bandera roja. ¡Quien estuvo delante de Lenin fué Kerensky!, pero tal vez no le convenía al orador decir esto y prefirió hacer una frase huera para la galería, aun a costa de faltar a la verdad. Precisamente, hace algunos días en los Balkanes—donde hubo un efímero Gobierno comunista—ha ocurrido un levantamiento de «heimwehren», suspendido por la orden de dispersión dada por sus jefes cuando con solo dos muertos habían ocupado la región de Styria. Levantamiento que, según su caudillo el Dr. Primer, será repetido en breve y con mayores probabilidades de éxito.

No será preciso que señalemos la magnífica actuación de Hitler, que con los heroicos nacional socialistas está batiendo al comunismo alemán, espléndidamente subvencionado por el ruso. Bastará mencionar que en la misma Rusia, Stalin, alejándose cada vez más de Lenin, empieza a aproximarse a Mussolini. ¡Pero si hasta el laborismo ha provocado una reacción semifascista! No quiere esto decir que no le queden ya posibilidades al comunismo, porque perturbar y hasta conseguir algún éxito local le será siempre realizable (sobre todo mientras existan ingenuas repúblicas democráticas). De lo que dudo mucho es de que consiga el triunfo final, definitivo. Y desde luego, lo que puede afirmarse es que la lucha (aunque haya estúpidos burgueses que, imitando el famoso gesto del avestruz, no quieran verlo), entre el Fascismo nacionalista y Comunismo antinacional está empeñada (ambos términos en un sentido amplio que comprendan incluso el K. K. K. en el primero y el Bloque Obrero y Campesino en el segundo) y que allí donde el Comunismo asoma, ya antes de llegar al poder, ya detentándolo, recibe el zapatazo nacionalista; salvo cuando, como parece ocurrir en Rusia, con Stalin, se prefiere al puntapié el golpe de pecho.

BARTOLOME BENEYTO

Valencia.

Nuestra revolución

Para hacer una revolución económico-social profunda, magnífica y viable, precisamos ante todo de honda originalidad, así como cierta relación armónica con lo más recóndito y permanente de nuestra raza. ¡Tiene que ser forzosamente hispánica, exclusivamente nuestra!

Lo que para un individuo en peligro puede ser el tratamiento salvador, será a veces para otro irremediable sentencia de muerte. Suponiendo que ambos padecieran la misma enfermedad, y para llevar las cosas al límite, incluso iguales circunstancias, jamás tendrían idéntica constitución. He aquí el inmenso problema de la medicina y la esencia de su arte, que, como todas, se basa en la intuición y es patrimonio de elegidos.

Y ese arte, esa intuición, ese conocimiento profundo y total que encuéntrase más allá de todo análisis, es en medicina respecto al individuo lo que en política respecto a la nación: la clave del éxito.

Estudiemos intensamente nuestra especial psicología, tratemos de comprender el temperamento originalísimo de nuestro pueblo; sondeemos la Historia, pero sin pretender afinar de tal modo que veamos, por decirlo así, solamente un trozo de fachada y no sepamos contemplar el edificio.

Visión ante todo de conjunto. Miradas de águila.

Prescindiendo al principio, pues, de detalles pasajeros o sin importancia, así como de las inevitables diferenciaciones locales, hay que conocer urgentemente a España para determinarle en seguida su camino; es decir, el sendero luminoso de la salvación, ahora, y de la gloria y de la grandeza después.

¡Genio hispánico, hombres iluminados!... ¡He ahí vuestra misión! ¡Sacudid la fatal indolencia y forjad la mágica llave que nos abra las puertas del triunfo!...

ADRAMELEC

Más allá del comunismo

(ARTICULO ESCRITO EN DICIEMBRE DE 1919 EN LA PRISION DE SAN VITTORE, DONDE MARINETTI FUE ENCARCELADO CON MUSSOLINI, VECCHI, BOLZON Y QUINCE "ARDITI", ACUSADOS DE ATENTAR A LA SEGURIDAD DEL ESTADO Y DE ORGANIZAR BANDAS ARMADAS, TRES AÑOS ANTES DE LA VICTORIA FASCISTA)

El comunismo es una vieja fórmula mediocre, que el cansancio y el miedo a la guerra reverdecen hoy y transforman en moda espiritual.

El comunismo es la exasperación del cáncer burocrático que siempre royó a la Humanidad. Cáncer tudesco, producido por la característica especialización alemana. Todo especialismo pedantesco es antihumano y agosta la creación. La historia, la vida y la tierra pertenecen a los improvisadores.

La patria representa para nosotros el máximo ensanchamiento de la generosidad del individuo desbordándose sobre todos los seres humanos semejantes a él, simpatizantes y simpáticos. Representa la más vasta solidaridad concreta de intereses espirituales, agrícolas, fluviales, portuales, industriales, ligados por una única configuración geográfica, por una misma mezcla de climas y por una misma coloración de horizontes.

El corazón del hombre rompe en su expansión circular el estrecho círculo sofocante de la familia para llegar hasta las extremas orillas de la patria, donde siente palpitar a sus connacionales de frontera como los nervios periféricos del propio cuerpo. La idea de patria anula la idea de familia. La idea de patria es una idea generosa, heroica, dinámica, futurista, mientras la idea de familia es mezquina, miedosa, estática, conservadora, pasadista. La idea de patria ha sido hasta ahora una confusa mezcla de localismo de campanario, retórica grecoromana, elocuencia conmemorativa, instante heroico inconsciente, exaltación de los héroes muertos, desconfianza en los vivos y miedo a la guerra.

El patriotismo futurista es, por el contrario, una pasión encarnizada por el devenir —progreso, revolución—de la raza. Como máxima potencia afectiva del individuo, el patriotismo futurista, aun permaneciendo desinteresado, convierte la atmósfera más favorable a la continuidad y al desarrollo de la raza. La patria es la mayor prolongación del individuo, o mejor: el más vasto individuo capaz de vivir ampliamente, dirigir, dominar y defender todas las partes de su cuerpo. La patria es la conciencia psíquica y geográfica del esfuerzo de mejoramiento individual. El concepto de patria es indestructible, como el concepto de partido. La patria no es más que un vasto partido. Negar la patria equivale a aislarse, castrarse, disminuirse, denigrarse, suicidarse.

Es absurdo sabotear nuestra victoria al grito de "¡Viva Lenin! ¡Abajo la guerra!", puesto que Lenin, después de haber empujado a su pueblo a renunciar a una guerra, le impuso otra contra Kolchak, Denikin y los polacos. El bolchevismo ruso crea así involuntariamente el patriotismo ruso, que nace de la necesidad de guerra defensiva.

No se puede escapar de estos dos conceptos-sentimientos: "patriotismo", es decir, realización del desarrollo del individuo y de la raza; "heroísmo", es decir, necesidad sintética de superar las fuerzas humanas y potencia ascensional de la raza.

Todos los que se sienten cansados de la variedad tempestuosa dinámica de la vida sueñan con la uniformidad problemática que el comunismo promete. Quieren la vida sin sorpresas, la tierra lisa como una bola de billar. Pero las presiones del espacio no han nivelado todavía las montañas de la tierra, y la vida, que es arte y creación, está hecha—como toda obra creadora—de contrastes y cimas. El progreso humano, que tiene por esencia la velocidad creciente, admite, como toda velocidad, obstáculos que derribar; es decir, guerras revolucionarias. La vida de los insectos demuestra que todo se reduce a una reproducción a toda costa y a una destrucción sin fin.

La Humanidad sueña vanamente con huir de estas dos leyes que la excitan y la causan alternativamente. La Humanidad sueña con establecer la paz mediante un tipo único de hombre mundial que debería ser, sin embargo, en seguida castrado, para que su virilidad agresiva no declarase nuevas guerras.

Un tipo humano único debería vivir sobre una tierra perfectamente lisa. Toda montaña es un desafío para cada Napoleón y cada Lenin. Cada hoja impresa, contra la voluntad batalladora del viento.

Después de la más multiforme y tumultuosa de las guerras, la Humanidad arroja lógicamente de sí su viejo ideal comunista de quietud definitiva. El comunismo está acaso realizado en los cementerios. La paz relativa no puede ser más que el cansancio de la última guerra o de la última revolución. La paz absoluta reinará tal vez con la desaparición de las razas humanas. Si fuésemos todos comunistas, me preocuparía de la próxima guerra entre pederastas y lesbianas, que se unirán después contra los hombres normales.

En Rusia, los revolucionarios, que han nivelado algo, defienden un poder agredido por revolucionarios no nivelados, que quisieran nivelar un poco menos o desigualar nuevamente. El bolchevismo ha sido, ante todo, un antídoto violento y vengativo contra el zarismo.

Ahora es una defensa armada de los médicos sociales que se transformaron en dueños del pueblo enfermo.

En ciertos países no hay pan para todos; en otros, no hay comodidades para todos.

Se grita, por lo tanto: "¡Todos comeremos pan hasta hartarnos! ¡Todos seremos ricos!"

Nosotros queremos gritar: ¡Todos seremos sanos, fuertes, geniales! Una experiencia comunista en Italia provocaría inmediatamente una revolución no igualitaria o produciría al cabo una nueva desigualdad. No perdamos el tiempo en glorificar el seudocomunismo ruso como un resultado definitivo o paraíso terrestre. Tendamos el espíritu más allá.

* * *

En todos los países es falsa la distinción entre proletariado y burguesía. No existe una burguesía enteramente podrida y moribunda, ni un proletariado en conjunto sano y vigoroso. Existen pobres y ricos; pobres por desgracia, enfermedad, incapacidad, modestia; ricos por fraude, ladronería, avaricia y habilidad; explotados y explotadores; estúpidos e inteligentes, falsos y sinceros; ricos burgueses que trabajan mucho más que los obreros; obreros que trabajan lo menos posible, esperando no hacer absolutamente nada; lentos y veloces; victoriosos y vencidos.

Es absurdo llamar burguesía podrida y moribunda a la masa formidable de jóvenes inteligentes y laboriosos, pequeños burgueses, estudiantes, empleados, agricultores, comerciantes, industriales, ingenieros, notarios, abogados, etc. etc., preocupados todos en superar con un trabajo encarnizado el mediocre bienestar paterno.

Hicieron todos la guerra como tenientes y capitanes, y hoy están prestos a recuperar el nuevo esfuerzo de la vida con heroísmo.

No son intelectuales, sino trabajadores dotados de inteligencia, previsión, espíritu de sacrificio y voluntad. Constituyen la parte mejor de nuestra raza. La guerra ha sido hecha por estos jóvenes con energía, siempre a la cabeza de las masas de campesinos y obreros. Los campesinos y los obreros que vencieron la guerra, no teniendo aún una conciencia nacional, no hubieran podido vencer sin el ejemplo y la inteligencia de aquellos tenientes pequeños burgueses.

Por otra parte, es absurdo caracterizar a todos los trabajadores con la palabra "proletariado", prometiendo igual gloria y dictadura a los campesinos, que hoy vuelven al trabajo de la tierra sin fatiga, y a los obreros, que se declaran en seguida cansados.

* * *

Será preciso destruir el pasadismo, la bellaquería, el quietismo, el tradicionalismo conservador, el egoísmo, materialista, el misoneísmo, el miedo de la responsabilidad y el provincianismo plagiario.

Es provincianismo plagiario gritar: "¡Viva Lenin! ¡Abajo Italia! ¡Viva la Revolución rusa!" Gritad, por el contrario: ¡Viva la Italia de mañana! ¡Viva la Revolución italiana! ¡Viva el futurismo italiano!

La revolución rusa tiene su razón en Rusia, no puede ser enjuiciada más que por rusos y no puede ser importada a Italia. Diferencias innumerables separan el pueblo ruso del pueblo italiano, además de la diferencia típica que distingue un pueblo vencido y un pueblo vencedor. Sus necesidades son diversas y opuestas. Un pueblo vencido siente morir en sí su patriotismo, se arruina revolucionariamente, o plagia la revolución del pueblo cercano. Un pueblo vencedor, como el nuestro, quiere hacer su revolución como un aeronauta arroja el lastre para subir más arriba.

No olvidemos que el pueblo italiano, especialmente pleno de individualismos agudos, es el más anticomunista y sueña con la anarquía individualista.

No existe en Italia el antisemitismo. No tenemos, por lo tanto, judíos que redimir, valorar o seguir.

El pueblo italiano puede ser comparado con un luchador excelente que, no fatigado y desprovisto de medios de reposo, quiere luchar. Las circunstancias le impusieron vencer o desaparecer. El pueblo italiano ha vencido gloriosamente. Pero el esfuerzo superó a sus músculos, y ahora, jadeante, incapaz casi de gozar su gran victoria, maldice a quienes le susurran que repose y tiende los brazos a nosotros, a los que le aconsejaban luchar.

Entre los partidarios de la quietud que quieren mantenerlo en tierra y nosotros, que queremos curarlo, levantarlo, realzarlo a toda costa, se desarrolla una querella que se prolonga desgraciadamente sobre el cuerpo cansado del mismo luchador.

El Gobierno favorece a los socialistas, los que, ondeando la bandera comunista de un pueblo vencido como el ruso, se apoderaron electoralmente del pueblo italiano vencedor, despistado y descontento.

No se trata de una lucha entre burguesía y proletariado, sino de una lucha entre los que tienen, como nosotros, el derecho de hacer la revolución italiana y los que deben sufrir la concepción y la realización de la misma.

F. T. MARINETTI

El capital y el trabajo en los Estados Unidos

Los Estados Unidos no han reconocido oficialmente ni sostienen relaciones diplomáticas con la Unión de las Repúblicas de los Soviets. Pero Rusia cuenta en Nueva York con una Agencia comercial oficiosamente autorizada, la Amtorg Trading Company, que sirve de intermediaria entre el capital americano, la industria y las casas de exportación e importación con el Gobierno proletario de Rusia.

El Gobierno americano tuvo que permitir la entrada de los directivos y del personal de esta Agencia, debido a los esfuerzos que hicieron los industriales de su país, y sobre todo a la presión cada vez más creciente que el Estado ruso imponía a sus acreedores de América.

De esta manera pudo establecer la Amtrog Trading Company, bajo la protección de la industria americana, una central bolchevique. Muy pronto se transformó esta Agencia en una especie de embajada semioficiosa que trabajaba secretamente en favor de sus ideas. El Gobierno americano no pudo impedirlo, porque sus puestos más elevados están en poder de republicanos y el partido republicano de la U. S. A. depende de la industria.

La propaganda de esta central se desarrolló al principio solamente en Nueva York, y, por lo mismo, la Policía de la ciudad vigilaba fácilmente sus manejos, observando que el comunismo conseguía extenderse, porque la falta de trabajo favoreció desde el primer momento la captura de nuevos simpatizantes. A consecuencia de lo cual, la Dirección de Policía de Nueva York preparaba un registro, a la vez que emprendía frecuentes "razzias" y publicaba los resultados sensacionales obtenidos. La Prensa descubría los sucesos escandalosos.

Ante el triunfo tan extendido de los comunistas, el Congreso de los diputados nombró una Comisión que examinara la posición del comunismo en todo el país. Las pesquisas de esa Comisión nos han revelado varios interesantísimos detalles: el director general de Amtrog Trading Company, Fedor Ziavkiel, ha sido antes un militante ejecutivo de la desacreditada Tcheca; Peter Pogdanov, el presidente de la citada Agencia, es desde hace veinticinco años un gran revolucionario y uno de los mejores agitadores de los Soviets. La Agencia comercial es al mismo tiempo la central americana de la Ogpu, esto es, de la Policía secreta de los Soviets. La Agencia Amtrog Trading Company es, según el Código mercantil, una casa de comercio, y, sin embargo, está bajo el control del Banco de Estado de Rusia.

El jefe de la Agencia, el ya citado señor Pogdanov, pudo anticipar cuando apareció delante de la Comisión cómo los Soviets iban a interrumpir las relaciones comerciales con los Estados Unidos si el Gobierno americano daba publicidad a los descubrimientos efectuados o si querían intentar el registro de los despachos de la citada Agencia.

En vista de estas declaraciones, el Comité del Congreso interrumpió sus trabajos en Nueva York y se trasladó a Chicago, donde también pudo observar la actitud de los Soviets y especialmente que Chicago era la central para la agitación comunista en el Oeste de la U. S. A.

En algunos colegios de Chicago, donde acuden gran cantidad de alumnos judíos, ya existen bastantes células comunistas. Alrededor de 50.000 americanos están a sueldo de los Soviets. Los partidarios de Moscú se pueden calcular en 150.000.

No cabe duda que la semilla comunista crece, florece y se desarrolla; especialmente ahora, bajo la violencia capitalista, consigue el comunismo grandes progresos. Porque no es un secreto que la misma industria ha traído consigo la falta de trabajo, en su afán de abatir al obrero americano, que en los últimos diez años ganó jornales excelentes. En todas partes se rebajan hoy los sueldos; ni siquiera un 10 por 100 de los obreros organizados sindicalmente encuentran trabajo; todos los días se cierran nuevas fábricas, y así va aumentando la masa de los parados. Los propagandistas comunistas aprovechan esta ocasión y pronuncian discursos provocadores y estimulan a las huelgas y al sabotaje.

Todavía le queda al obrero americano sin trabajo algún dinero de reserva; todavía poseen la mayor parte casa propia, pero ya aumentan los casos en que los parados no pueden pagar los intereses de su propiedad y tienen que hipotecar sus finquitas.

Si la industria continúa agarrotando a los obreros, el pulpo comunista se extenderá a todos los rincones del país.

En el año 1917, Wall Street excitó a la U. S. A. a intervenir en la gran guerra. Nos preguntamos: ¿va la industria americana a conseguir el éxito de hacer del obrero americano un proletario internacional?

WALTER CAPPE

New York.

El Decreto contra el Banco

Jamás será tan necesario distinguir entre los conceptos de destrucción y revolución como en estos días. Porque vivimos en una hora desgraciada, a la que la mayoría llama revolucionaria, pero que nunca podrá denominarse sino destructura. La revolución no es sino la transformación rápida de una sociedad para librarla de algún mal o para encauzarla en una más perfecta estructura. En este sentido, nosotros somos revolucionarios, sanamente revolucionarios. Mas, por el contrario, el apoderarse del poder de un Estado, para desde él ir destruyendo poco a poco o mucho a mucho, mas sin plan ni idea, cuanto constituyen los principios de una sociedad, es algo puramente destructor y típicamente anarquizante.

En este sentido pocas veces habrá tenido España un Gobierno más eficaz que el recién caído de esta República burguesa. La propiedad, el crédito, la religión, todo va siendo destruído o gravemente atacado con una celeridad que asombra e indigna. Dentro de ese plan destructor hay algunos ministerios y algunas personas que llevan la primacía por su política negativa y necia. Ejemplo admirable el Ministerio de Hacienda.

Después de un largo período de inactividad, en el que sólo se ha tratado de sostener el cambio a fuerza de derrochar el oro tan afanosamente acumulado, han sucedido y vienen sucediéndose unos días de furia destructora. Porque no merecen otro sentido las disposiciones sobre el pago de las dobles en libras esterlinas, y especialmente el decreto presentado a las Cortes para la reforma de la ley de Ordenación bancaria.

Como de aquello ya he hablado en sitio público y preferente, bueno será el dedicar un comentario a ese engendro trágicamente maravilloso para la reforma de la ley del Banco de España. Lo calificamos así, porque el proyecto está técnicamente bastante bien trazado. Se ve que es obra de una persona competente. Y es lo malo que también se adivina el que esa persona competente no ha tenido otro afán que deshacer uno de los pilares que soportan al crédito y a la vida dineraria del país. No es sólo la cuestión de principio, de la que en seguida nos ocuparemos; son, sobre todo, las disposiciones del decreto, las cuales, por su íntima contradicción, están llamadas—de regir algún día—a llevar nuestra vida dineraria al caos.

Por lo pronto, hay algo fundamental en el decreto o proyecto, francamente destructor e insostenible. Nos referimos a su alcance antijurídico y aun inmoral. Antijurídico porque el Banco de España vivía y vive bajo el imperio de una ley votada en Cortes, que dió lugar a un contacto bilateral, que no puede ser rescindido sino según las cláusulas del mismo. Y aquella ley no fué de ninguna manera el resultado de una arbitrariedad del poder, sino que, como el señor Cambó, ministro de Hacienda, que la refrendó, escribió, era el resultado, no de sus convicciones personales, sino la consecuencia de determinadas realidades históricas y jurídicas, que no se podían ni se debían suprimir.

Y siendo así, ha de resultar monstruoso que, faltando aún casi diez años para la terminación del contrato, y sin urgencia alguna que justifique esta reforma, sea el Estatuto quien por sí, y sin consentimiento de la otra parte contratante, rompa el compromiso para favorecer sus intereses, perjudicando más que proporcionalmente los de la otra parte.

Por esto parécenos que hay algo más que violación de principios jurídicos. Es la moral y la justicia las que prohiben a aquel que firmó un compromiso el retirarse cuando precisamente el poder está de su parte, y de la otra no hay posibilidad de defensa ni resarcimiento de daños.

Porque es lo grave y francamente inmoral de esta cuestión el que, a lo que parece, el Gobierno no se decide a este proyecto de reforma sino por conseguir unos cuantos millones para las exhaustas arcas del Tesoro.

En este caso, como en el reciente de la liquidación de las dobles, el deseo de ganar o no perder unos cuantos millones de pesetas es suficiente para mover al ministro de Hacienda a consumar un atentado contra el respeto a los contratos, o sea contra uno de los fundamentos en que reposa toda nuestra civilización.

A poco que se examine el decreto o proyecto de ley, aparece paladinamente que sólo dos motivos o fines persigue la reforma; de un lado, el aumentar las ganancias del Tesoro y el conseguir mayor crédito gratuito, y de otro, el dictar unas disposiciones para la mejor vigencia del patrón oro.

Mas como, por desgracia, la implantación del patrón oro es algo puramente hipotético y que no habrá de ocurrir en mucho tiempo, queda patente que el único motivo inmediato que ha inspirado tal decreto ha sido el asegurar unos cuantos millones para las cajas ávidas del Tesoro.

¿Será posible, por tanto, que los españoles conscientes dejen consumarse tal atropello, que no redundará sino en perjuicio de todos? Si en entredicho la propiedad de la tierra, confiscada la de unos españoles que son religiosos, ya no quedaba intacta sino la propiedad mueble, ha de resultar catastrófico el que también a ésta se la destruya o se la vulnere, sin más razón que la avaricia fiscal.

La teoría dice que el Banco de emisión es el organismo regulador de la política dineraria y de crédito del país. Y la práctica, mirando a aquellos países en que, por circunstancias de necesidad o de la fuerza, se han visto precisados a adoptar el tipo modelo, confirman la verdad de aquel principio. Así, lo mismo en las reformas de la Banca de emisión realizadas en los países suramericanos o por el talento del profesor Kemmerer, como en la ley de la Banca de Emisión alemana de 1925, se acusa patentemente aquel principio de que el Banco de emisión es el organismo director de la política de dinero.

Para que ello sea así, es indispensable que se separare su dirección de influencias políticas. Ha enseñado la experiencia con repetición incesante que los Bancos de emisión donde el Estado interviene se convierten bien pronto en centros suministradores de medios de pago al Estado, y, por tanto, en destructores de aquella organización dineraria, que en principio y teóricamente están llamados a defender. En España mismo, y sin ir más lejos, la quiebra del Banco de San Carlos y de todos los antecedentes del de España constituyen la prueba irrefutable de que la codicia del Tesoro público ha sido siempre la causa de la destrucción del Banco emisor.

Por esto asombra el que en el decreto 9 de octubre se aumente la intervención del Estado por el nombramiento de tres consejeros, por la elevación del importe de la cuenta del Tesoro sin interés, y, sobre todo, por dejar la fijación del tipo de descuento al Ministerio de Hacienda con los mismos derechos que el Banco.

Mientras tanto, por los artículos 4, 6, 11 etcétera, se obliga al Banco rigurosamente a mantener la vigencia del patrón oro, es decir, que al par que se obliga al Banco a dirigir y a ser responsable de la estabilidad de nuestro dinero, por otra se le quitan precisámente los medios eficaces para esa función.

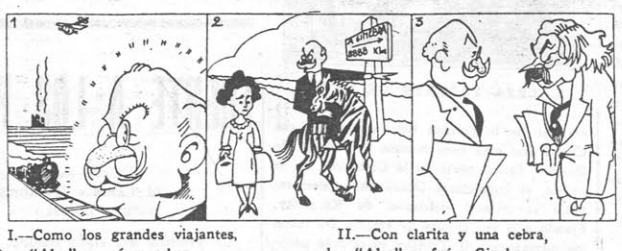
¿Habrá algo más absurdo y más destructor?

De otros detalles es mejor no hablar. El Estado se cuida muy bien de mantener intactas aquellas bases precisamente más deficientes en el sistema actual, cuales son las que permiten la inmovilización de la cartera del Banco y la inflación de los medios de pago por la política de descuentos de los efectos públicos.

Antonio Bermúdez CAÑETE

9 angulas 9

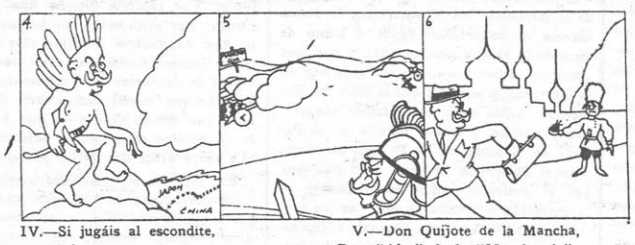
Las conquistas de don "Ales" o seremos imperiales



I.—Como los grandes viajantes,
Don "Ales" pensó marchar
alrededor de la mar,
y sin Cánovas Cervantes
ni villanos de "Crisuelo",
hasta "La Tierra y el cielo".

II.—Con clarita y una cebra,
don "Ales" se fué a Ginebra.
Durante los sinsabores
del camino, la Clarita
le fué cantando su cuita:
"Soy soltera y sin amores..."

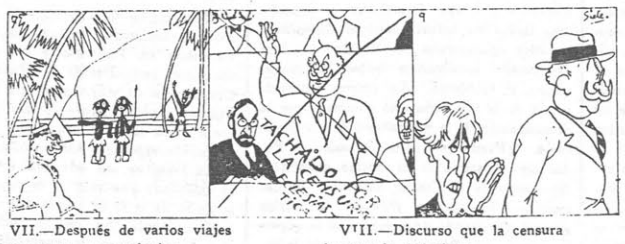
III.—¡Oh, bon yu, mesié Lerú,
¿voule vú hacer el bú?
"¡Oh, mersi, mesié Brián;
podré servir en campaña,
porque el general Azaña
me ha nombrado capitán.



IV.—Si jugáis al escondite,
Don Alejandro conmina:
"Será toro, y, ¡que no grite!
el que le toque la china.

V.—Don Quijote de la Mancha,
Don "Ales" de la "Manchuria",
en vez de Sancho, una Sancha,
y mi corazón se ensancha
cuando templa la bandurria.

VI.—Oh, bolchevique! No me coges,
pues llevo en este maletín relojes.
Eso que tienes en la mano,
será para el Rodrigo de Soriano,
que querrá bombas y armamento;
yo con los bombos me contento.



VII.—Después de varios viajes
desembarca entre salvajes,
no encontrando a Samblacat
y ni a Pérez Madrigal.

VIII.—Discurso que la censura
le puso la tachadura.
Don Alejandro calló...
y Zamora se rindió
y Alcalá por fin venció.
¡Viva la patria de Azaña,
que garapiñará la España!

IX.—"No me deje usted aquí solo."
"No, no puedo, don Julián, l
Me manda "mesié Brián"
a que le conquiste el Polo."

Entre SIETE y OCHO

Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista nacen:

Para evitar que los traidores consigan sin lucha la desmembración de España.

Para batirse contra el comunismo y la anarquía.

Para despertar en el pueblo la fidelidad a la Patria.

Para organizar milicias civiles que aseguren la victoria de los ideales nacionales.

Para suplantar la economía liberal-burguesa por una economía planificada y sistemática que asegure la prosperidad del pueblo.

¡¡Afiliaos en bloque!!

Teléfono de "La Conquista del Estado" 90327

GRAFICA LITERARIA. — Hernani, 3